

La verdad en la historia



## **La verdad en la Historia**

En este artículo deseamos explicar la especial relación que existe entre la Historia y la Verdad dentro de los estudios históricos. Deseamos enfatizar sobre la importancia que este concepto tiene para los historiadores que siempre desean demostrar cierta “verdad histórica” en sus investigaciones, sin considerar los problemas teóricos de sus argumentos.

**Palabras claves:** Verdad histórica, positivismo, objetividad histórica, subjetividad, historicismo.

### ***The Truth in History***

*In this article we want to explain the special relationship between History and the Truth in the historical studies. We want to point up the relevance of this concept for historians who always are looking for a “historical truth” in their researches. However, many times, they do not consider the methodological problems of this enunciate.*

**Key Words:** *Historical Truth, positivism, historical objectivity, subjectivity, historicism.*



IMAGEN EN PORTADILLA:

*Rhyton* en mármol, obra de Pontio, final del siglo I a.C., Roma, Palazzo dei Conservatori.

## **La Verdad en la Historia**

BENJAMÍN TORO ICAZA\*  
Universidad Católica Silva Henríquez

### ***I Introducción: La importancia de la Verdad en la Historia***

A través del tiempo, tanto la investigación como la escritura de la historia han mantenido ciertos rasgos comunes, que todos los historiadores manifiestan o evidencian a través del tiempo. Por ejemplo, es imprescindible que los historiadores mantengan ciertas características que muestren la seriedad de su actuar como rasgos obligatorios: laboriosidad, imaginación y sentido común. No obstante, existe otra característica que muchas personas –sean historiadores o no– siempre han manifestado defender, al momento de investigar o escribir sobre el pasado: la *verdad*. ¿Cómo podría definirse esta virtud dentro de nuestra profesión histórica?

En realidad, la noción de “verdad” siempre ha estado arraigada dentro de la mentalidad de los historiadores. Sea con la intención de reconstruir el pasado como *verdaderamente pasó*, o bien como la *persecución de la mentira y el error* dentro de las fuentes históricas. No en vano, la *falsedad* de mucha evidencia histórica –particularmente en los autores y la fecha de ciertos documentos– siempre ha sido un fenómeno conocido y común dentro del estudio de la Historia. Este fenómeno se manifiesta de muchas maneras: algunos son simples engaños que se han transmitido a través de la Historia; otros han sido falsificaciones o meros errores involuntarios hechos de buena fe (BLOCH, 1997: 87).

No obstante, la verdad es una virtud difícil de ser definida, aunque nadie duda en afirmar que es un requisito imprescindible para cualquier individuo que quiera dedicarse a la investigación o a la escritura de la Historia. Así, muchos hemos hablado, en forma repetitiva, acerca de

\* Licenciado en Historia, Universidad de Chile; Master (c) en Estudios Clásicos, mención en Cultura, U.M.C.E.; Estudios de Postgrado en el Instituto Rothberg e Instituto de Arqueología, Universidad Hebrea de Jerusalén. (bf109@123.cl)

nuestra “verdad histórica” o de un trabajo histórico “verdadero”, más que nada porque la *verdad* es la que nos permite hablar de lo que *realmente* ocurrió en el pasado, o de los hechos *tal como sucedieron*. Efectivamente, la Historia siempre ha sido identificada como una disciplina devota del pasado, que busca reconstruir el pasado verdadero, siendo la *honradez* un elemento necesario para ello.

¿Cómo se concilia, en la historia, esta “honradez” con la noción de “verdad”? Para empezar, los historiadores, al investigar el pasado, deben ser *honestos* al momento de recurrir a sus fuentes, por cuanto no pueden alterar los hechos en forma deliberada; también deben estar prevenidos contra los prejuicios religiosos, raciales o políticos; deben tratar de ponderar todas las posiciones posibles; deben buscar diligentemente todas las pruebas existentes, no cejando en reunir toda la evidencia posible; y, finalmente, deben aceptar que el historiador no es un dios ni tiene la última palabra sobre lo que investiga del pasado (COMMAGER, 1967: 67). Aplicando estos principios, supuestamente, estaríamos capacitados para presentar una visión *verdadera* del pasado o, en otras palabras, *de los hechos históricos tal como sucedieron*.

Esta aspiración universal de los historiadores presenta, no obstante, varios problemas: nunca podremos estudiar o reunir *todos* los antecedentes sobre un tema histórico; no siempre obtenemos una seguridad completa respecto a lo que aconteció en el pasado, incluso el pasado más reciente; muchos documentos son incoherentes o errados; finalmente, los hechos históricos no se muestran objetivos y consistentes, sino subjetivos e impalpables. En realidad, las fuentes históricas nunca han hablado —como la gente común piensa— por sí mismas; son los historiadores quienes las hacen hablar por ellos mismos, y con mil voces distintas. Un historiador que se precie de ser “honesto”, debiera reconocer, entonces, que debe enfrentarse constantemente con estos dilemas y, bajo esa perspectiva, es casi imposible que pueda presentar todos los hechos *verdaderos* del pasado histórico *tal como sucedieron*:

“Los hechos históricos son fragmentarios, huidizos y subjetivos. Pero lo mismo sucede con la mayoría de esos temas de estudio que cautivan la mente y la pasión de los hombres: el arte y las letras, la moral y la ética, y hasta el derecho y la política, como lo sabe cualquier juez u hombre del Estado. No debemos esperar que el trabajo resulte más fácil para un historiador de lo que resulta para tantos otros que tratan, cada cual en su línea, de reconciliar la herencia de lo pasado —sus leyes, principios y monumentos— con el producto imaginativo de sus épocas, con las pasiones, los sentimientos y los hechos históricos de sus tiempos.”

COMMAGER, 1967: 92.

No obstante, la creencia común que prevalece —en forma inconsciente en muchos historiadores, y consciente en la mentalidad cotidiana— es que la

Historia sigue siendo *el mero relato de los hechos verídicos del pasado*, es decir, *de los hechos tal como sucedieron*. No en vano, muchos han hablado de un hecho histórico como algo que *verdadera y realmente pasó*. Por otra parte, también existe la noción del “personaje histórico”, o mejor dicho, de *aquel personaje que verdaderamente existió*. Lamentablemente, quienes defienden nociones tan simples como éstas ignoran que el problema es mucho más complejo de lo que aparenta. En vista de lo anterior, creemos que esta relación Historia-Verdad no está del todo resuelta, por lo que trataremos de explicarla mejor.

## ***II Las bases de la Verdad histórica: objetividad y subjetividad***

El objetivo de *escribir la verdad sobre el pasado* ha existido como una prioridad entre los historiadores desde tiempos remotos. Además, existe amplia abundancia de testimonios de historiadores que se plantearon, como primer objetivo, distinguir los eventos *verídicos* con respecto a aquellos que fueron *inventados* o *falseados* por diferentes razones. De esta manera, nació una definición clara de lo que era un *hecho histórico*: un evento medianamente relevante que había ocurrido *realmente* y que podía ser corroborado de alguna manera. En la Antigüedad, diversos historiadores buscaron presentar su visión de la verdad histórica de diferentes maneras, tal como lo evidencia el historiador judío helenizado, Flavio Josefo (el destacado es nuestro):

“De ahí procede que, por el hecho de no existir, como base histórica, anales *auténticos* que puedan adoctrinar a los que desean saber, o rebatir a los mentirosos, hayan surgido disensiones entre los escritores. A esta causa débese agregar esta otra. Los que se dedicaron a escribir, *no se sintieron movidos por el afán de la verdad*, a pesar de que así lo afirman solemnemente muchas veces, sino por el de exhibir su talento de escritores; de ahí que en aquello que cualquiera de ellos creía que podría superar a los demás, a ello se dedicaba con mayor ahínco. Algunos se consagraban a inventar fábulas, otros procuraron conquistar la benevolencia y el favor de las ciudades y los reyes con elogios; hubo algunos que se inclinaron a criticar los acontecimientos o a juzgar a sus historiadores, creyendo que podrían distinguirse con ello. Pero todo esto *está en pugna con las leyes de la Historia*. *La verdad de la historia se demuestra principalmente con este argumento*, que todos escriban lo mismo sobre los mismos asuntos; sin embargo, algunos de estos creyeron que podrían superar a los otros en referente a la *verdad*, si se diferenciaban en grado máximo. Ciertamente tenemos que reconocer a los escritores griegos talento literario y fuerza de elocuencia; no sin embargo, *la verdad de la historia antigua*, y especialmente en asuntos no

pertenecientes a su patria.”

FLAVIO JOSEFO, *Contra Apión*, 5.

¿A qué se debe este énfasis de la *verdad* en la Historia? Nosotros lo atribuimos a la creencia antigua de que la Filosofía tiene su origen en el asombro que experimenta el hombre frente a los misterios del mundo, y la Historia constituye, precisamente, una fuente fecunda de ese pensamiento filosófico. Muchos historiadores han defendido a ultranza el carácter de *ciencia* de la Historia, desligándola de cualquier relación o especulación filosófica, pero la práctica nos corrobora que siempre ha existido, pese a lo señalado por Josefo, una tendencia a entregar diferentes visiones de un solo hecho histórico. Esta situación no deja de asombrar a muchos de nuestros historiadores “científicos”, y ese asombro los lleva invariablemente al mundo de la Filosofía. Tal como lo señala el historiador polaco Adam Schaff:

“Los historiadores profesionales, al igual que los restantes intelectuales, raras veces son conscientes de los conceptos que organizan los materiales de que se sirven en su disciplina o de los principios según los cuales los valoran. Los historiadores han escritos mucho a propósito de las técnicas especializadas de su oficio y de los problemas generales que se plantean en relación con la crítica interior o exterior de los documentos y testimonios del pasado. No obstante, cuestiones tan amplias como la estructura de la explicación histórica, el fundamento de esta explicación y, en particular, la lógica de los nexos causales en las investigaciones históricas han sido objeto de serias discusiones principalmente por parte de los filósofos profesionales o de los investigadores capaces de pensar filosóficamente en las restantes disciplinas de las ciencias sociales .”  
SCHAFF, 1974: 79.

Efectivamente, existen problemas inherentes a la Historia que se encuentran en el límite con la Filosofía. El ejemplo más clásico es aquel problema que guarda relación con la objetividad del conocimiento y de la *verdad* dentro de la llamada “ciencia histórica”. Un problema filosófico por excelencia, cuya solución requiere de una reflexión filosófica consciente y crítica que permita esclarecer la complicada problemática teórica y metodológica existente dentro del pensamiento histórico: *su proceso del conocimiento*.

Para empezar, existe una triada tradicional que aparece en cualquier análisis del proceso de conocimiento, sea cual sea el área de estudio: *sujeto cognoscente*, *objeto de conocimiento* y *conocimiento como producto del proceso cognoscitivo* (o en términos más simples: “sujeto”, “objeto” y “conocimiento”). Lo que entendemos por *proceso de conocimiento* viene a ser una interacción específica entre el *sujeto cognoscente* y el *objeto del conocimiento*, que tiene como resultado los productos mentales que denominamos *conocimientos*.

De acuerdo a este proceso, el *objeto de conocimiento* actúa sobre el aparato perceptivo del *sujeto cognoscente*, que es un agente pasivo, contemplativo y receptivo; el producto de este proceso (el *conocimiento*) es un reflejo o copia del objeto, reflejo cuya génesis está en relación con la acción mecánica del objeto sobre el sujeto. Este modelo ha estado vigente en la Historia del pensamiento filosófico y, a partir de la Filosofía, se ha extendido a todos los restantes dominios del pensamiento, siendo asociado preferentemente a la llamada *definición clásica de la verdad*. Es decir, aquí encontramos un fundamento teórico según el cual un juicio es *verdadero* cuando lo que enuncia concuerda con su objeto; en otras palabras, cuando es *objetivo* y expresa un *conocimiento objetivo*, en contraposición con lo *subjetivo* (SCHAFF, 1974: 83):

– Es *objetivo* lo que procede del objeto. Es el conocimiento que refleja en la conciencia cognoscente del objeto que existe fuera e independiente de ella; es *subjetivo* lo que procede del sujeto.

– Es *objetivo* lo que es válido para todos y no sólo para tal o cual individuo. Por lo tanto, es *objetivo* cualquier conocimiento que tenga valor universal y no individual; es *subjetivo* lo que no posee un valor cognoscitivo universal.

– Es *objetivo* lo que está exento de emotividad y de parcialidad; es *subjetivo* lo que está coloreado emocionalmente y es, en consecuencia, parcial.

No obstante, debemos admitir que el *sujeto cognoscente* es un elemento activo en el *proceso del conocimiento* y, por tanto, introduce necesariamente un factor *subjetivo* en él. Lo anterior implica que la búsqueda *objetividad* no puede llegar a ser universal, sino que es más bien individual. Así, la *objetividad* viene a ser una propiedad relativa y no absoluta: un factor será *objetivo* con respecto al objeto a que se refiere y del cual es el “reflejo” específico, por su validez universal *relativa* y por la eliminación *relativa* de su coloración emotiva; será *subjetivo*, en un sentido general, debido al papel activo que desempeña el *sujeto cognoscente* sobre el *objeto*. Por lo tanto, cualquier proceso de conocimientos –incluyendo la Historia– involucrará un producto *objetivo/subjetivo*.

### ***III El desarrollo y la búsqueda constante de la Verdad histórica***

**A**quí es cuando llegamos al problema de la *objetividad de la Verdad histórica*. Cuando hablamos de la “verdad”, en la historia (y en otras disciplinas), nos referimos generalmente a un “juicio verdadero” o a una

“proposición verdadera”. Es decir, que lo que enuncia existe en la realidad tal como lo enuncia; o bien, que estamos convencidos, basándonos en pruebas, de que nuestro juicio concuerda con su objeto real. Con lo anterior, podríamos llegar a la *verdad objetiva*. No obstante, ello implicaría que la *verdad objetiva* está abiertamente contrapuesta a lo *subjetivo*, por cuanto lo “verdadero” es estrictamente “objetivo”; lo “subjetivo” en cambio vendría a ser “falso”.

Este planteamiento no tendría mucha base en el campo histórico. En efecto, muchas de las “verdades” presentes en la Historia no son de carácter “absoluto” sino más bien “relativo”, por cuanto la “verdad” se pone con relación al *sujeto* que escribe la Historia, y a las circunstancias de tiempo y de lugar del historiador respectivo. Por lo tanto, la “verdad”, vista o entendida como *inmutable, absoluta y eterna*, es difícil –por no decir imposible– hallarla dentro de la Historia. Más bien creemos que es posible hallar, en todos los estudios históricos, otro tipo de “verdad” de carácter *acumulativo*, que se desarrolla a través del tiempo y que, con el paso del tiempo, va variando y complementándose. Es lo que podríamos denominar “verdad parcial” o “verdad relativa”.

El conocimiento sobre un *objeto* no equivale necesariamente a un juicio único: al reflejar los diversos aspectos y las distintas fases del desarrollo del objeto, se llega a componer una serie de juicios que llegan a formar procesos. Por otra parte, un juicio puede variar con las épocas, hacerse más complejo y completo, lo cual estará en función del desarrollo constante del conocimiento de datos incrementados a través del tiempo. De esta manera, a medida que avance nuestro aprendizaje histórico sobre un tema, es posible que lleguemos a poseer un conocimiento exhaustivo que pueda derivar a una “verdad” que bordeé lo inmutable. No obstante, también debemos estar conscientes de que esa “verdad” puede cambiar radicalmente en el futuro, a raíz de nuevas evidencias que amplían nuestro conocimiento histórico del tema (SCHAFF, 1974: 112).

Por lo tanto, dentro de la disciplina histórica, el *conocimiento* es un proceso acumulativo y la *Verdad* también. De esta manera, el *conocimiento* acumula verdades *parciales* que la humanidad establece en las diferentes etapas de su desarrollo histórico, sea ampliando, limitando o superando antiguas verdades *parciales*. Así, el conocimiento histórico siempre se basará en ellas y las adoptará como punto de partida para un nuevo desarrollo de la Historia misma: el acumular verdades *parciales* permite que el conocimiento histórico vaya acumulando el saber, en un proceso infinito que tiende a dirigirse hacia una “verdad total”, exhaustiva y absoluta; aunque, en realidad, los historiadores preferimos verla como un objetivo ideal o utópico porque, dentro de los estudios históricos, es *claramente inalcanzable*.

Por último, deseamos destacar que el *sujeto* que busca la llamada

“verdad histórica” –el historiador– desempeña un papel activo en el conocimiento histórico, y la *objetividad* de este conocimiento siempre contendrá una dosis de *subjetividad*. Si no ocurriera de tal manera, dicho conocimiento sólo podría calificarse como a-humano o sobrehumano.

#### IV La Verdad histórica en la actualidad

En vista de lo anterior, los historiadores actuales están conscientes de que la llamada “objetividad pura o absoluta” es una ficción o un *ideal* difícil de alcanzar, porque el factor *subjetivo* siempre estará presente en la Historia, por la existencia misma del *sujeto cognoscente*. No obstante, en la actualidad, también se acepta que en la Historia hay dos tipos de *subjetividad*: la “buena” y la “mala”:

– La *subjetividad* “buena” es la que procede de la esencia del conocimiento como relación entre lo *subjetivo* y lo *objetivo*, y del papel activo del sujeto en el proceso cognoscitivo. Este tipo de *subjetividad* está ligado naturalmente al papel activo del sujeto en el conocimiento y, por ello, no puede ser eliminada por completo, aunque sus efectos pueden ser superados en el proceso infinito de perfeccionamiento del conocimiento.

– La *subjetividad* “mala” es la que deforma el conocimiento debido a factores tales como el interés, la parcialidad y el falseamiento del pasado. Es el tipo de *subjetividad* que procede de fuentes extracientíficas, del interés personal, y de prejuicios contra ciertos grupos humanos, nacionales o étnicos.

Lo importante de esto es que la *objetividad* –aunque sea parcial o relativa– en la Historia podría alcanzarse al establecer una clara distinción entre la buena y la mala *subjetividad*. De allí que se sostenga que un historiador no debe escribir guiándose por las pasiones desmedidas. Esto es lo que en Historia denominamos *imparcialidad*:

“Lo que denominamos la imparcialidad del historiador en el sentido positivo y favorable del término, lo constituyen sólo los esfuerzos que despliega para guardar sus distancias, en sus juicios, con respecto a fines ajenos a la verdad histórica, extraños a su convicción científica...Esta obligación es la más penosa... Así, lo que hemos definido como la imparcialidad del historiador es únicamente su tentativa sincera, coronada con mayor o menor éxito. Un saber profundo, un buen método de estudio y un trabajo perseverante ayudan al historiador en esa tentativa, pero su éxito nunca será completo, porque el historiador es siempre un hombre.”

SCHAFF, 1974: 340.

Por lo tanto, los historiadores de hoy saben que la tendencia a la

*objetividad* del conocimiento no puede consistir en la eliminación del factor *subjetivo*. Más bien, un historiador debe trabajar por la *superación* del factor *subjetivo*, de sus manifestaciones concretas y de las deformaciones que introduce; superación que constituye necesariamente un proceso infinito. Sabemos que esto puede producir un sentimiento de desaliento por parte de ciertas personas –historiadores o no– que por años han deseado manifestar “verdades absolutas” dentro de la Historia, sin saber que ésta sólo es accesible bajo la forma de un movimiento infinito al saber, que nunca terminará.

En realidad, el único medio de dominar esta acción deformadora del factor *subjetivo* dentro de la Historia es, simplemente, tomar conciencia de su naturaleza y de su acción. Cuanto más reconozcamos los contenidos y las modalidades de la intervención del sujeto en el conocimiento, mejor conoceremos cuantitativa y cualitativamente las propiedades del objeto. Bajo esta perspectiva, creemos que la labor de un historiador es análoga a la de un físico que, al conocer las interferencias entre el objeto que va a medir y el instrumento de medición, logra introducir correcciones que van eliminando progresivamente –a través del tiempo– los errores.

Queda un punto que dilucidar. ¿Qué ocurre cuando dos historiadores trabajan un tema específico, en forma independiente, y llegan a conclusiones abiertamente contradictorias y opuestas? ¿Mienten ambos historiadores, o uno de ellos se equivocó? En realidad, aquí nos encontramos con otro rasgo propio del campo histórico: las “verdades relativas” opuestas. Como hemos planteado, el conocimiento histórico toma necesariamente el carácter de un proceso infinito que, perfeccionando nuestro saber, avanza, a partir de diferentes y diversas aproximaciones a la realidad captada bajo sus diferentes aspectos, y acumula las verdades parciales. Éstas tienen que desembocar no sólo en una simple adición de conocimientos, sino también en transformaciones cualitativas de nuestra visión del pasado. Esa es la razón por la cual la Historia se escribe y se reescribe periódicamente:

“Lo propio de la historiografía es precisamente esta constante revisión de esquemas, periodos y contenidos de los mismos. Cada época interpreta el pasado desde su propio presente, y le da nuevos enfoques e interpretaciones, lo cual hace de la disciplina histórica una de las vetas de la comprensión del hombre. Parece no sólo útil sino imprescindible el constante replanteamiento de los modelos o cauces en que los historiadores precedentes han intentado aprehender el fenómeno histórico, para verificar si siguen coincidiendo con nuestra apreciación de la realidad. En caso de que esto no ocurra, se torna necesario suprimirlos y reemplazarlos por otros más adecuados a nuestra forma de pensar.”

RETAMAL, 1997: 8.

En suma, no es que un historiador mienta –aunque han existido casos deshonrosos– sino que cada uno percibe de modo diferente los hechos del pasado, convirtiendo ciertos eventos históricos en realidades para una sociedad determinada de la cual forma parte. Este es un fenómeno normal donde la variabilidad de la visión histórica va a la par con la honestidad científica y con una investigación competente acerca de ciertas verdades históricas relativas o parciales. Es simplemente el resultado de la especificidad del conocimiento que tiende hacia una “verdad absoluta” idealizada, la cual sólo se ha construido a partir de verdades parciales (SCHAFF, 1974: 372).

De esta manera, la Historia es un “producto social” que se ha formado en el espíritu de una teoría de la que es, a su vez, exponente. Esta teoría cambiará según la época en que se desarrolle, no sólo porque los hechos que se seleccionan y se consideran importantes difieran de un historiador a otro, sino también porque los historiadores establecen formas, estilos y relaciones diferentes en su manera de ver y explicar los hechos. En otras palabras, *cada cultura determinará qué es lo verdaderamente auténtico de su pasado*, porque el interés histórico de cada cultura se determina por el problema de cuáles son las cosas que a ella le preocupan, en una época específica.

Finalmente, el apego a las verdades relativas por parte de la Historia ha sido por años cuestionado y atacado por otras disciplinas –biológicas, técnicas o matemáticas– las cuales abogan por la búsqueda directa de “verdades absolutas” en detrimento de las relativas. Según algunos “expertos”, la Historia debiera ser considerada una disciplina “inferior”, por cuanto no es posible experimentar con ella, ni mucho menos establecer leyes científicas al respecto. No obstante, pensamos que ella puede ser entendida como una disciplina o una ciencia que se vale de los mismos métodos que utilizan biólogos, matemáticos o físicos.

Efectivamente, en Historia no llegaremos nunca a verdades absolutas, pero lo anterior no debe ser visto actualmente como un defecto propio de su campo de trabajo, sino como una virtud: simplemente nos hallamos frente a un área de estudio devota del pasado *con un tipo de conocimiento diferente al de otras ciencias*. La Historia busca verdades del pasado, pero no se limita a reducirlas mediante principios absolutos que le impidan seguir perfeccionándose. No es mejor ni peor; sólo es diferente. La Historia es un conocimiento del pasado distinto, específico, complejo e íntimamente ligado a la sociedad que la vio nacer, y sujeto a verdades relativas que esperan seguir manteniéndose o perfeccionándose.

## V Conclusión

Como principios de conclusión, podemos forjar cierto “decálogo” o conjunto de principios que debieran ser asumidos por cualquier historiador que conoce bien su área de trabajo, que podemos enumerar de la siguiente manera:

1° Desconfiar ante las pretensiones, sea cual sea el historiador, de alcanzar la “verdad absoluta” dentro de la Historia.

2° Tratar de analizar las particularidades del conocimiento histórico para descubrir precisamente sus alcances y sus límites.

3° Tener mayor tolerancia con las opiniones divergentes, lo que no debe ser interpretado como voluntad de renunciar a la defensa de las opiniones propias, sino más bien de aceptar las verdades relativas de otros historiadores o testigos adversos, que pueden ayudar a complementar la verdad histórica.

4° Tomar en cuenta que no sólo algunos escriben la Historia. En mayor o menor medida, *todos* somos parte de ella y todos contribuimos de alguna manera a escribirla. Precisamente, ello debe constituir el bagaje intelectual del hombre contemporáneo.

5° Evidentemente, la acumulación de verdades relativas dentro de la Historia será un proceso de nunca acabar, porque es una manifestación propia del factor *subjetivo* dentro de la Historia.

Por lo tanto, no podemos seguir con los principios heredados del positivismo o *historicismo* alemán del siglo XIX (“*Geschichte wie es wirklich gewesen ist*”), el cual veía la Historia como una “ciencia” encargada de reconstruir imparcialmente el pasado “tal como sucedió”. En la actualidad, dichos objetivos no tienen mucho asidero, puesto que las nociones de *verdad* y *realidad* son sumamente relativas y han variado a lo largo del tiempo. En efecto, nuestro mundo está dominado por los medios de comunicación —en particular por la televisión, la radio y la fotografía— los cuales crean la ilusión —pues, en realidad, sólo se trata de una verdadera ilusión— de que es posible suministrar *imágenes fieles de lo que aconteció en el pasado en forma rigurosa y, por así decir, “científica”*. Todo lo anterior permitiría reconstruir los hechos pasados más recientes *tal como sucedieron*.

Pero cuando se estudian épocas mucho más remotas dicha meta es más bien utópica, porque las evidencias y los registros son escasos, esporádicos y poco exactos. A menos que podamos hallar evidencia externa que permita corroborar lo dicho por un texto antiguo, no estamos

en condiciones de señalar con certeza, salvo excepciones, cuáles fueron o cómo sucedieron la mayoría de los hechos históricos de la Antigüedad. Por ello, muchas veces debemos contentarnos con una reconstrucción aproximada o, incluso, *idealizada* de lo que pasó; subordinada tanto a las fuentes disponibles, como a las hipótesis, teorías u opiniones de lo que pudo haber sucedido:

“Como dice con tanta fortuna Gabriel García Márquez, *la vida no es nunca exactamente la que uno vivió*. La Historia tampoco es sólo una serie de acontecimientos registrados con cuidado en anales o en crónicas detalladas. *La verdadera historia*, la que cuenta y es “maestra de la vida”, es algo distinta a una recensión exacta, rigurosa, pero también aséptica y anónima, de “lo que verdaderamente pasó”. Está compuesta de risas y lágrimas, de alegrías y sufrimientos, del sudor y de la sangre de aquellos que vivieron unos momentos que se han vuelto, en el sentido literal de la palabra, memorables”

SKA, 2000: 5.

Lo que Ska denomina “la verdadera historia” es, en realidad, el conjunto de verdades parciales o relativas que creemos percibir de las más variadas formas dentro de nuestra vida común. El conjunto de esas “verdades relativas” nos permite concebir una suerte de “verdad histórica” que algunos historiadores se han atrevido denominar “verdad absoluta”. No obstante, esta “verdad absoluta” en la Historia continuará corrigiéndose y complementándose a través del tiempo, porque las verdades históricas nunca serán tan absolutas como aparentan. Serán las sociedades que hacen y escriben la Historia quienes determinarán cuándo ciertas “verdades” deban ser cambiadas. Por la misma razón, cada cultura creará su propia forma de hacer y escribir Historia, y cada una de ellas considerará lo que es *verdadero* dentro de ella.

## Bibliografía

- JOYCE APPLEBY, LYNN HUNT y MARGARET JACOB, *La verdad sobre la Historia*, Ed. Andrés Bello, Santiago, 1998
- MAC BLOCH, *Introducción a la Historia*, F. C. E., México, 1997.
- STEELE COMMAGER, *La Historia. Su naturaleza y sugerencias didácticas*, Ed. UTEHA, México, 1967.
- FLAVIO JOSEFO, *Contra Apión*, Ed. Acervo, Buenos Aires, 1966.
- JULIO RETAMAL FABERAU, *El Renacimiento, una invención historiográfica*, Ed. Universidad Gabriela Mistral, Santiago, 1997.
- ADAM SCHAFF, *Historia y Verdad*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1974.
- JEAN LOUIS SKA, *Los enigmas del pasado. Historia de Israel y relato bíblico*, Ed. Verbo Divino, Navarra, 2000.